

Admitida la posibilidad de crear aparejos de arrastre selectivos, cuya propiedad especial reside en el tamaño de las mallas, era indispensable estudiar las dificultades prácticas del sistema. Porque la experiencia enseña, respecto a la dimensión efectiva del mallaje, que no depende solamente de la distancia entre nudo y nudo. Circunstancias posteriores a la confección del arte, pueden dotarlo de condiciones esenciales, que han de darse durante toda la vida del mismo.

Es sabido que, dos aparejos iguales, no rinden igual fruto en el arrastre. Ni siquiera seleccionan los mismos tamaños de las especies habituales.

La malla adquiere una forma definitiva, después de que se han hecho con el aparejo algunos lances; no en el momento de ser anudada en el taller de confección. El mar influye en la forma de los nudos, y si en las primeras caladas se tiene la fortuna de levantar el copo bien repleto, las mallas se dilatan para siempre, adquiriendo una dimensión bastante superior a la del mismo aparejo que, al principio de trabajar con él, no fuera sometido a grandes presiones.

Pero la malla ha de ser estudiada, también, en relación a la sección transversal de los peces a que preferentemente se destine. De aquí nace la cuestión de determinar la línea de separación entre las dos vidas del pez, la que debe protegerse facilitando su evasión por las mallas, y la comercial o adulta.

Mallas que dejan escapar tamaños pequeños de una especie, aprisionan los de otras. De aquí que, en teoría, debiera pensarse en variar de mallas según las especies y, aun conforme a las regiones de pesca y a las épocas del año.

En la práctica tal complicación no puede ser abordada hoy por hoy. Las diversas especies viven en promiscuidad, y no puede pensarse en extremar hasta tal punto el prurito seleccionador, que haga poco menos que imposible el empleo del arrastre como sistema de pesca, hasta ahora insustituible.

Verdad es que tampoco resulta necesaria tanta precaución.

Si bien en los lances de los arrastreros entran normalmente varias especies comestibles, una de ellas domina: una constituye la base de la explotación. Pues conforme a ella debe estudiarse la dimensión y forma de la malla, aunque ésta resulte menos favorable a respetar la sección transversal mínima de otros peces.

\*\*\*

Los trawlers de Aberdeen, que constituyen una de las flotas de arrastre más copiosas de Inglaterra, pescan ordinariamente en una zona de 900 millas cuadradas. La principal especie de estos pródigos fondos nortños es el haddock, a base del cual se han realizado algunas interesantes experiencias, relacionadas con el tema de estas líneas.

Durante siete años, desde 1924 a 1930, se pescaron 141

millones y medio de ejemplares, con un peso aproximado de 16.725 toneladas. Se sabe que, de estas capturas, fueron arrojados al mar, por ser de tamaño invendible, el 51% en número y el 35% en peso de haddocks.

Referidas estas cifras a la vida de la especie, se vino en conocimiento que en el tercer año de existencia se devolvieron al mar el 64% en número y el 35% en peso.

Sobre este punto también es necesario deshacer algunos vulgares errores. Se suele afirmar que los peces, después de extraídos en el copo, mueren aunque se reintegren al agua. Generalmente esto depende de lo que se tarde de devolverles su medio natural de vida.

El Ministerio de Agricultura y Pescas de la Gran Bretaña, en experiencias que realizó en 1935 frente a la costa holandesa, demostró que los pequeños peces, puestos en tanques de agua marina inmediatamente después de extraídos en la forma ordinaria, sobreviven en una proporción del 50%. Si se deja pasar una hora, en cambio, solo se consigue que sigan viviendo la tercera parte.

Repetidos los ensayos en 1936 ofrecieron como resultado el 71% en el primer caso, y el 36% de sobrevivencia en el segundo.

\*\*\*

Es indudable que estos hechos habían de crear un ambiente propicio a la adopción de la malla grande, en el país europeo donde la pesca llegó a mayor grado de industrialización. Tal era el aspecto general del problema en Inglaterra, antes de que la Guerra actual viniera a distraer la atención de los expertos y de los centros científicos, polarizándola hacia más apremiantes inquietudes.

No solo en Aberdeen, sino en Cardiff y North Sillds, se ha efectuado comprobaciones de tipo comercial, para confirmar los beneficios de la malla grande. Se utilizaron, en buques gemelos, del mismo andar e iguales características, aparejos de distinta malla.

En las pruebas de Cardiff logró evadirse el 51% de los pecece pequeños; en las de North Sillds el 73%.

Pero se comprobó, además, que en igual tiempo pescó más el aparejo de malla grande, los peces llegaron en mucho mejor estado a la venta, y el coeficiente de materias extrañas arrastradas en el copo fué muy inferior.

De este modo la experiencia comercial ha venido a coincidir, plenamente, con las anticipaciones de la ciencia.

Se advierte, por todo esto, que el tema del mallaje es interesante y complejo. Por nuestra parte, aun debemos dedicarle alguna atención en otra próxima glosa, complementaria de éste y del anterior artículo.

